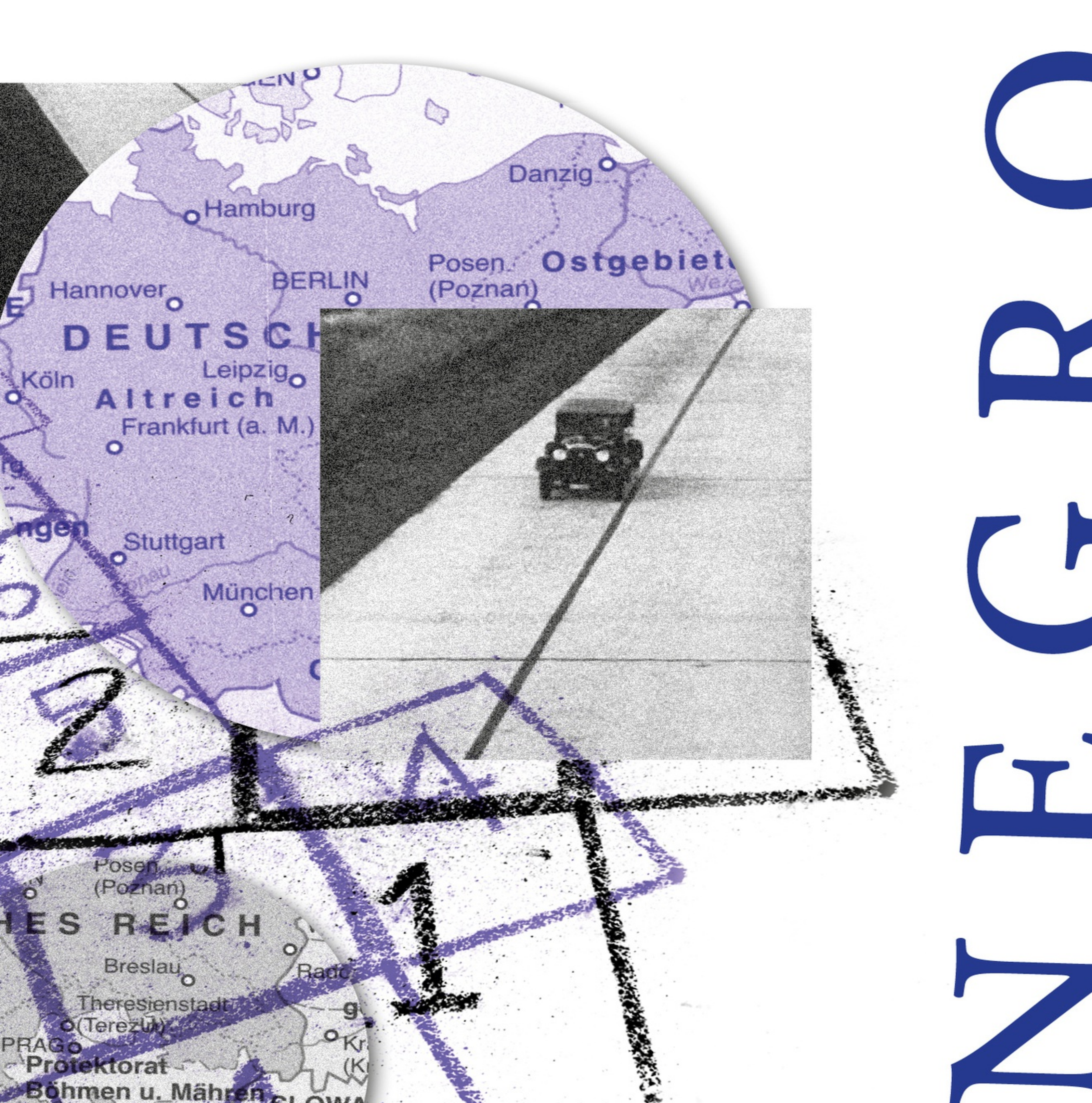
María Negroni

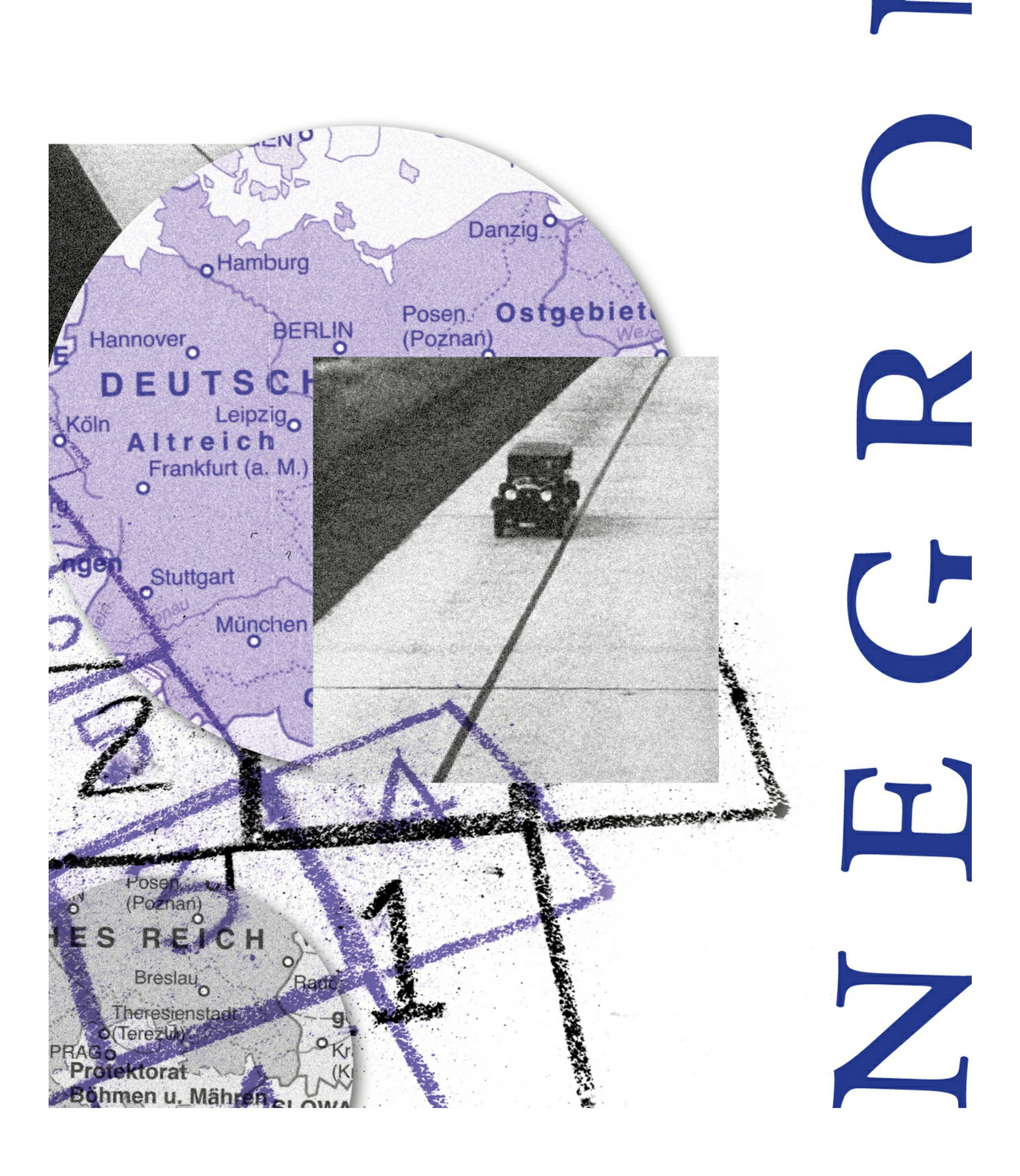
Cuaderno alemán



NEGRONI

María Negroni

Cuaderno alemán



NEGRONI

MARÍA NEGRONI

Cuaderno alemán

ISBN: 978-956-9131-85-1

Este libro se ha creado con StreetLib Write (http://write.streetlib.com).

CUADERNO ALEMÁN

María Negroni

Cuaderno alemán
© María Negroni. Texto e imágenes originales

De esta edición
© Alquimia Ediciones, 2015
Colección: **Foja Cero**
Edición general y dirección de colección: Guido Arroyo González
Corrección: Cristóbal Riego
Diseño editorial: Estudio Navaja

Recíbeme afablemente
que soy un extranjero.

Friedrich Hölderlin

A MODO DE PRÓLOGO

Los textos que hallará el lector en este libro fueron escritos para un blog, más específicamente para el blog que construyeron y pusieron en marcha las sedes del Instituto Goethe en Argentina y Alemania, entre agosto y septiembre de 2010, con motivo del proyecto Rayuela.

El proyecto –que contó con el apoyo nanciero de las cancillerías respectivas y fue parte de las actividades de Ar- gentina como país invitado de honor a la Feria Internacional del Libro de Fráncfort 2010– consistía en enviar a cinco escritores argentinos a Alemania (María Sonia Cristo , Alan Pauls, Pablo de Santis, Ariel Magnus y yo) y cinco escritores alemanes a Argentina (Ulf Stolterfoht, Ron Winkler, Ray Wieland, Alissa Walser y Christoph Simon), con la idea de difundir su trabajo y, sobre todo, ampliar y fomentar los lazos culturales entre las dos naciones. A todos se nos pidió que escribiéramos un diario de viaje.

Confieso que, al comienzo, la idea de escribir un blog

me produjo escozor. Siempre descon é de ese tipo de escritura –cuya supuesta espontaneidad y alegre inmediatez ocultan mal su tendencia al chisme y su proselitismo a favor de las banalidades del ego. Pero mis alternativas eran nulas. Así que, apenas llegada a Stuttgart, mi ciudad "base", tuve que amigarme con la idea.

Quizá para disimular, me compré en Buenos Aires, antes de partir, un cuaderno apaisado donde escribí a mano mis entradas, mientras me dejaba llevar por las sensacio- nes –de todo tipo– que me asaltaron durante el viaje. A la insubordinación del manuscrito agregué enseguida otro anacronismo. Apenas llegada, me compré un pincel y un frasquito de tinta azul y me dediqué a dibujar –con total desfachatez– lo que me venía en mente. Aclaro, por si hace falta, que el dibujo no es uno de mis talentos, ni siquiera uno de los menos desarrollados.

La experiencia valió la pena. No porque haya cambiado de opinión sobre los blogs (soy testaruda en mis ideas) sino porque me forzó a dejar un registro de cinco semanas meticulosas en hechos y encuentros y paseos que, algunas veces, bordearon sin vergüenza el absurdo y otras me dejaron a merced del sencillo horror.

¿Qué hacía yo, me pregunté muchas veces, en ese mundo rubio lleno de elois paseando a sus perros encantadores por el mundo? También, por momentos, me sentí Dora, la Exploradora (en vez de Madame de Staël), yendo de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, entre la

fatiga y el tedio, con mapas en la mano, preguntándome quién me había mandado a intentar conocer tantos lugares a la vez. Varias veces estuve a punto de largar todo para volverme a casa (pero el concepto "casa" se me escapaba).

Cada viaje tiene sus fascinaciones y desencantos. Cada uno trae sus descubrimientos.

Quizá en este me fue dado percibir algo más bien inesperado: una suerte de cansancio frente a las "maravillas" –o aberraciones ilustradas– del primer mundo.

Berlín fue la excepción y eso, sin duda, por lo que tiene de ciudad inconclusa, todavía protegida por la melancolía de sus luces tenues, sus aires de ruina y la mirada un poco esquiva de sus habitantes. Ahí el diario de viaje se interrumpió de repente. En su lugar, escribí unos poemas que me parecieron, en ese momento, algo así como "pequeños muros derruidos". Los incluyo en la segunda parte de este libro como una forma oblicua de celebrar lo imperfecto.

M.N.

ENTRE MADAME DE STAËL Y DORA LA EXPLORADORA

I

Nunca escribí un diario de viaje. No lo voy a escribir. Viajo con un libro, uno solo: De l'Allemagne de Madame de Staël. Me falta Benjamin Constant. Me pregunto si me parezco al poeta alemán que viajó a Bahía Blanca con el proyecto Rayuela, Ulf Stolterfoht (en adelante, Ulf). Yo querría, como él, encerrarme en un cuarto y no salir. Pero no voy a estar en Bahía Blanca. ¿Cómo haría para quedarme adentro con todo el arte, la historia y la literatura afuera? Yo me parezco más a Carmen Ollé que a Ulf. Me viene a la memoria un fragmento de Noches de adrenalina: "En la Gare du Nord cerré los ojos muy fuerte. Vi París después de un viaje largamente sentada en la butaca del ferrocarril con la pequeña en brazos y la torre Ei el partida por la niebla. ¿Qué son los Campos Elíseos o la Gioconda sino el ménage delegado a las jóvenes muchachas del tercer mundo? Lavar pisos. Refregar estrellas". Tengo una lista in nita de cosas para ver: los castillos de Ludwig en Baviera, las múltiples casas de Goethe, la Ópera de Bayreuth, el zoológico más antiguo

del mundo, el paisaje en que se suicidó Karoline von Günderrode, la torre de Hölderlin, sin olvidar Buchenwald, Dachau, la sombra siempre, esa mancha siniestra que se expande mostrando la cara horrenda de la cultura. No sé por qué pienso en La novicia rebelde. Los chicos rubios, rubicundos, a punto de desviarse, en cualquier momento, de un corazón benigno al himno nacionalista. En el avión anuncian que está lloviendo en Stuttgart. Estamos por aterrizar. Vuelvo a pensar en Ulf. Y también en Xavier de Maistre y su *Voyage autour de ma chambre.*

Primera impresión de stuttgart. ¿Será Bahía Blanca así? No he logrado ver, en mi primera caminata, un solo perro abandonado. Familias enteras con perros, sí; señoritas y parejas lesbianas con perros, sí; hombres solos con perros, sí; pero todos con su infalible correa. Tampoco he visto autos abandonados, casas abandonadas, personas abandonadas, de esas que alzan una tienda bajo un puente cualquiera, hacen un asadito y fue así como se quedaron a vivir ahí para siempre. Sería bueno saber qué cosas se abandonan aquí. Algo debe haber. A lo mejor haya una pista en las góndolas de los supermercados, con sus productos estrictamente "bio". Tengo que investigar. Mientras escribo esto, sentada en un café en la calle peatonal, dejo la cámara de fotos sobre la mesa.

Cualquiera podría robársela. Pero eso no ocurre, claro. Lo único que se mueve a mi lado son unos hombres anaranjados –seguramente "bio" ellos también– que recogen con pinzas la basura. La sociedad global tiene todavía sus diferencias.

Esta mañana mi vecina en la Kunststiftung Baden-Württemberg me prestó amablemente un secador de pelo. Es una artista alemana que se llama Sigrun. Un nombre muy teutónico, me dice en inglés disculpándose. Yo sonreí. Hubiera sido largo explicarle que, en un fragmento de Islandia, cuento la historia de Sigrun de Se afels, que durmió en los brazos muertos de Helgi.

Más tarde conocí a Florian Höllerer, el director de la Literaturhaus local, que me dio la bienvenida regalándome un libro de Sebald. Según dijo, Sebald había inaugurado la sede en noviembre de 2001, poco después de volver de Nueva York, tras el atentado a las Torres. Fue su última aparición pública antes de morir, unas semanas después.

Escribo esto en la Schlossplatz, la plaza del castillo, también la plaza central de Stuttgart. Hay sol y la gente se regodea sobre el césped, anda en bici, lee, come helados. Por alguna razón, no puedo dejar de pensar en los eloi de La máquina del tiempo, de H. G. Wells. Si Wells estuviera aquí, seguramente se preguntaría dónde están los morlocks, en qué subsuelo escondido, con su piel oscura,

sus cuerpos libidinosos y hambrientos, a cargo de las máquinas que hacen posible el bienestar rubio de la super cie.

En el almuerzo de la Literaturhaus había dos argentinos. Uno trabaja en Mercedes-Benz. El otro me preguntó: ¿cuál es la temática de tus libros (sic)?

Veo pasar más perros con correas. De nitivamente Ulf me contagió la obsesión canina.

Dentro de poco, según me han dicho, empezará "la manifestación". Desde hace un tiempo, primero los lunes, después los lunes, miércoles y viernes, a las siete de la tarde, la gente sale a protestar con pitos, matracas, cualquier cosa que haga ruido. Protesta contra el gobierno que quiere destruir la actual estación de ferrocarril y reemplazarla por otra subterránea, que permita el paso directo de los trenes sin que tengan, como ahora, que entrar y salir por la misma vía. Por lo que entendí, las protestas son: 1) porque el proyecto costará fortunas; 2) porque se talarán muchos árboles. El segundo motivo es el más importante.

Una editora de Klett-Cotta, que también estaba en el almuerzo y hablaba español como una porteña, dijo: "En cualquier momento salimos con las cacerolas y hacemos un cacerolazo". Los argentinos parecían escépticos. Yo también. Hace tiempo desconfio de los modelos de disenso del primer mundo. He visto en Nueva York

manifestaciones sindicales donde un militante con megáfono pregunta a un pequeño grupo de personas que giran con él: “What do we want?”. “A contract”. “When do we want it?”. “Now”. Y todo en un espacio de veinte metros cuadrados, cuidadosamente vallado y protegido por cientos de policías. La gente habla de las protestas con entusiasmo. Habrá que ver.

Sobre la manifestación, me había equivocado y no. Había gente, incluso gente con perros (con correa) y cochecitos de bebé y abuelos y familias enteras con matracas, pitos y esas bocinas que se oyeron en el último mundial de fútbol (muchos tenían tapones en los oídos). La gente llevaba globos también, de color verde. Vi varias bicicletas y un par de bombos y carteles y, en un momento, alguien lanzó una consigna que fue repetida dos o tres veces. Clima, en general, festivo. Supongo que para estos tiempos de hiper-conexión humana –que debemos al celular, el internet, el Skype y demás– la simple acción de caminar con otros se ha vuelto, por su anacronismo, repentinamente preciada. La marcha terminó en la Schlossplatz con unos discursos que me pusieron muy nerviosa. No tardé en darme cuenta de que el discurso político en alemán me traía reminiscencias. ¿Puede la lengua de un país quedar contaminada? ¿Pueden grabarse en ella las dicciones del horror? Cuando terminaron los activistas, empezó a tocar una banda de rock que

cantaba –pésimo– en inglés. Todos se quedaron a escuchar. El primer mundo es incomprensible.

Aquí, en el mercado Wagenhallen –me dice un chico argentino que tiene ahí un puesto de artesanías–, viven artistas. El lugar puede desaparecer, dice, si el gobierno consigue imponer su plan en la Estación Central. (El tema, como se ve, está que arde). Me indica cómo llegar a los vagones-vivienda que están detrás del galpón donde funciona el mercado. Dice que su vagón está justo al lado de los containers de la basura pero que, en verano, hay estas y los artistas se han hecho una playa arti cial ¡con arena y todo! Trash art o el rostro menos amable de las instituciones culturales.

Después, comí en un bar del mercado donde el menú – y el mozo– "estaban en alemán". Si no lo soñé, Sarmiento, en Viajes, escribió algo así como: a mí no me engañan, estos tipos hablan pero no se entienden. Ningún ser humano puede entender una lengua como esta.

Terminé la tarde en la Casa Museo de Georg Wilhelm Friedrich Hegel. Goethe, Humboldt, Schiller, Hölderlin, Napoleón, Stendhal, Schelling, Tieck, Jean Paul, Liszt, Paganini y Chopin estuvieron alguna vez ahí entre 1770 y 1831. Las fechas corresponden al nacimiento y muerte del lósofo. ¡Qué feo era!

Como es domingo, decidí tomar un tren y visitar Núremberg. En el tren leo el libro de Sebald que me regaló Florian (en traducción al inglés). Como todo en Sebald, hay aquí un puzle que junta pedazos de infancia con informaciones históricas y anécdotas literarias para llegar a algún lugar felizmente incierto. En este caso, el desvío desemboca en Hölderlin –visto principalmente como viajero– y en su pregunta "à quoi bon écrire?". Sebald es contundente: la literatura carece de objetivos. De tener alguno, se reduciría a restituir "algo", más allá y por encima del "mero recitado de los hechos". (¿Alguien podría recomendar este texto al compatriota que me preguntó por la "temática" de mis libros?).

Núremberg me interesaba por dos motivos: su Museo del Juguete y los juicios a los nazis después de la guerra.

Cuando llego –es un domingo de sol, caluroso– todo el mundo está afuera. En la plaza del mercado me encuentro con una feria que bien podría haber sido medieval, con puestos ambulantes de cerveza, familias y un entarimado donde otro grupo de rock (tan malo como el de Stuttgart) canta, también en inglés. Veo a unos ciclistas, disfrazados de ciclistas, circundar a toda velocidad la plaza esforzándose por ganar una carrera, en mi opinión, sin sentido. Siento un brusco deseo de volver (¿adónde?). Logro, al menos, zafarme de la multitud –esquivando personas y vigilantes– y me meto como una desaforada en el mundo-miniatura de los juguetes que lo reproducen

todo para los niños, incluso a los ciclistas disfrazados de ciclistas que, por suerte, no son los mismos de los que acabo de librarme.

Ya más tranquila, tomo un colectivo para ir al Dokumen- tationszentrum Reichsparteitagsgeländer (no me digan que el alemán no tiene palabras larguísimas, parecen víboras...). Con ese nombre debería haber sospechado algo horrendo, pero no. Hice el viaje de unos quince minutos contenta (es un decir), pensando que, en ese centro –que se acaba de inaugurar–, vería los documentos de los juicios que, sin duda, sirvieron de modelo a nuestro Juicio a las Juntas. Nada que ver. Lo que encontré fue la arquitectura de una pesadilla: el complejo megalómano que el Führer se hizo construir para sus actos delirantes. Un delirio, aclaremos, en el que participó la sociedad entera. Los argentinos sa- bemos de qué hablo.

Faszination und Gewalt (Fascinación y Terror): cuatro horas ininterrumpidas de información sobre el surgimiento, auge y caída de los nazis. En la película de Leni Riefenstahl –El triunfo de la voluntad–, que vi entera, descubrí que la plaza donde Hitler pronunciaba sus discursos y veía des lar a los escuadrones de las SS, mientras jóvenes, mujeres y niños lo miraban arrobados, era la misma (sí, la misma) en que había visto a los ciclistas disfrazados de ciclistas.

Núremberg, al parecer, fue el corazón del teatro nazi: el centro político y geográ co hacia donde convergían, transportados, alimentados y entretenidos por el partido, los “simpatizantes” del régimen.

Me pregunto hasta qué punto el tedio, la miseria, el vacío imbatible de la existencia humana no están siempre en la base de las fascinaciones políticas y el embeleso que producen los proyectos mesiánicos. No creo que exista rostro más peligroso de la herida humana. El germen está vivo. Lo he visto con mis propios ojos en la pista circular y vacía de los ciclistas.

Me tomó un par de días despertarme de la pesadilla. Por suerte, la noche del lunes, después de asistir a la presentación de un libro de cómics de la artista Friederike Grob, fui a la Johanneskirche am Feuersee a escuchar El arte de la fuga de Bach. Eso me consoló. También me recordó una frase que le había oído decir a otro escritor sobre un poema que yo había escrito. No está mal, dijo, pero no me consuela. Yo era muy jovencita y no había publicado aún ningún libro. Todavía hoy recuerdo la mezcla de impotencia, descon- cierto y rabia que sentí. ¿Desde cuándo los poemas debían consolar? ¿De qué? ¿Por qué? ¿Cómo?

Me tomó tiempo –vida– entender a qué tipo de consuelo se refería. Hay que atravesar capas y capas de alma para llegar a ese sitio donde la herida puede compartirse y

es posible alumbrar algo más que el drama individual. Hoy diría que, si eso falta, falta todo. Tal vez por eso el otro día, en la plaza del castillo –mientras miraba a los eloi–, me puse a dibujar la or azul de Novalis. Como si la historia de Heinrich von Ofterdingen y su búsqueda obstinada de la blaue blume pudiera servirme de amuleto, corregirme sutilmente la mirada, restañar en mí algo que dolía, sin que yo supiera qué.

Tuve que perderme tres veces para encontrar la única sinagoga –escondidísima– que existe en Stuttgart. Tan escondida está que varias personas a las que les pregunté me respondieron con otra pregunta: “Do we really have one here?”. Cuando por n la encontré me sentí (moderadamente) satisfecha y pude volver al centro –a la Buchhaus Wittwer– donde saqué la foto del único estante que había con libros de América Latina –todos de cuarta– mientras me venía a la mente este pensamiento: “Las librerías se parecen cada vez más a la televisión”.

¿Qué podía hacer? Calculé las posibilidades: buscar un spa, sentarme en la plaza del castillo o ponerme a llorar. Ninguna me convenció. Hacía un poco de frío, lloviznaba y el spa estaba completamente fuera del alcance de mis bolsillos. Entonces decidí buscar el U-Bahn (el subte, que va por arriba) para volver a la residencia donde me alojaba. Y he aquí que, en el camino, desemboqué de improviso en la calle Calwer, una peatonal con negocios

carísimos, entre ellos una boutique de tapados de piel –¿de animales “bio”?– donde unas quince mujeres viejas, tomando cham- paña, disfrutaban de un des le de modelos privado. Un poco triste, la verdad. Y, a la vez, como de película. Nunca pensé que siguiera existiendo la haute bourgeoisie alemana y menos con esos rituales tan desa nados.

Volviendo al tema del idioma alemán y para reivindicarlo un poco de las barbaridades que, sin fundamento alguno, le hice decir el otro día a Sarmiento, encontré una frase de Jean Paul que, usando el símil de los instrumentos musicales, compara al idioma alemán con “el órgano de las lenguas”. De inmediato, y con ánimo de reconciliación, escribí este pequeño léxico indispensable:

nacht: night – nuit – notte – noche
Angst: miedo
Dichtung: poesía
EnzyklopaDie: enciclopedia
Fick Dich: fuck you
Garten: jardín
Gedicht: poema
Geliebte: amantes
Insel: isla
Karte: mapa
Kind: niño
Kino: cine

Körper: cuerpo
LeiD: pena
Kiebe: amor
Miniatur: miniatura
Musik: música
Mutter: madre
Puppe: muñeca
Realität: realidad
Reise: viaje
Stadt: ciudad
Sammlung: colección
Schatten: sombra
Spielzeug: juguete
Schloss: castillo
Traum: sueño
Verlieren: perder
Verlanger: deseo
Wort: palabra
Zeit: tiempo

Tres objetos para un posible gabinete de curiosidades: 1) las mantas que los cafés ofrecen aquí a sus clientes para que se sienten en las veredas en medio de un tiempo horrible; 2) una ducha para manzanas que vi en el hall central de la estación de trenes y 3) una cucharita de plástico que me dieron en el supermercado más caro de la

ciudad (Feinkost Böhm) que era un hrönir, lo juro, de una cucharita de acero inoxidable.

¿Qué son estos peregrinajes desaforados a los sitios donde vivieron, crearon o murieron los artistas que amamos? ¿Qué fetiches buscamos? ¿Qué atmósferas para imaginar un ritmo de escritura, un equilibrio inestable, como siempre, entre la vida y el arte? ¿De qué podría servirme estar literalmente en el salón azul de la casa de Goethe, donde Germaine de Staël, tal vez, escuchó el piano mientras él calculaba cómo asombrarla con sus colecciones? ¿O visitar, en Heidelberg, el cuarto donde Clemens Brentano discutía con Achim von Arnim mientras Karoline von Günderrode tramaba sus próximos versos como si fueran pasos para entrar, disfrazada de hombre, en la universidad donde enseñaba su amante?

En Weimar, Jena y Heidelberg, no me perdí uno solo de los calvarios nocturnos de los poetas románticos: Novalis, Herder, Schiller, los hermanos Schlegel, Schelling, Tieck. Y volví a pensar, con Ollé, que este decorado nos estaba esperando, a nosotras, las "muchachas subdesarrolladas". Quiero decir, me sentí una vez más una inmigrante de la cultura, una viajera rezagada que ha llegado tardísimo al Grand Tour y ahora debe contentarse con la escenografía de postal de unas pequeñas ciudades protestantes.

De todas ellas, solo Weimar, quizá, estuvo viva en el siglo XX. Y eso por tres razones: Nietzsche, que murió ahí,

en casa de su madre, después de perder la razón en Turín; los estudiantes díscolos de la Bauhaus que, con Gropius a la cabeza, revolucionaron la arquitectura; y los políticos que la eligieron como capital de Turingia para fundar, mientras cundía el caos en Alemania, una república que duró poquí- simo y después ya se sabe (Buchenwald está exactamente a ocho kilometros). Me parece que necesito hablar con alguien, pronto, de política. Sin darme cuenta, se me ha producido un deslizamiento un tanto delirante entre los lager y la realidad. Juro que preferiría evitarlo. Nunca me fue bien en las pistas de patinaje.

Por favor, no se pierdan el cochecito para perros que me dejó fotogra ar, orgullosísimo, un señor en Jena.

¿Qué cosa se me podía ocurrir hacer hoy, domingo? No adivinaron. Me fui al zoológico. Tengo –como Cle- mente Onelli y María Sonia Cristo – una debilidad por los zoológicos. En mi caso, por la idea de colección que subyace a ellos –una colección viva, si se quiere, de rarezas o freaks–, y también por su edilicia tan particular. Sobre esta última, baste decir que las "casas" de los animales están emparentadas a los pabellones que empezaron a construirse en los parques públicos durante los siglos Xviii y XiX –el Crystal Palace de Londres fue paradigmático– y que después se multiplicaron como hongos en las Exposiciones Univer- sales, reproduciendo, en un anticipado kitsch, la experiencia "real" de lo

morisco, lo hindú, lo indígena. También, por ese entonces, se pusieron de moda las fabulosas verreries o invernaderos, cuyos paisajes exóticos fomentan todavía hoy la ensoñación.

Me quedé horas ahí, esquivando familias (mi amiga E. habría querido resucitar a Herodes), hasta que encontré un banco un poco retirado donde me senté a pensar, no sé por qué, en algunos hombres y mi relación con Alemania.

El primero era un pequeño genio que, a los veinte años, tenía dos títulos universitarios, y esto sin perderse un solo concierto de rock nacional (hoy es un señor gordito, pelado, a quien se le han imputado varios casos de corrupción). A él debo mi iniciación en la lectura de Nietzsche (también en otras cosas). A los dieciocho años me había tragado, por sugerencia suya, todos sus libros, incluyendo uno un tanto pornográ co que me encantó y que después resultó ser apócrifo: Mi hermana y yo. Todo se deforma un poco y, a veces, queda impugnado por el futuro, pero algo que entendí entonces, oscura y filosamente, sigue en pie: la convicción de que la literatura es una de las formas menos claras y más profundas de la resistencia.

Con el otro, viví muchos años. Incluso muchos de los años que pasé en Nueva York. Era un hombre que había conocido en carne propia la brutalidad policial y que miraba el primer mundo como miraba en la infancia a los chicos del colegio Old Georgian, desde el potrero donde

jugaba al fútbol en Quilmes. El desprecio, que es otro nombre del resentimiento, era su mejor defensa y su manera de esconder algo más bien maligno. A nes de los ochenta, viajábamos por Alemania en un auto alquilado y en algún momento, estando en Fráncfort, cometimos una infracción. La policía nos paró, nos explicó en impecable inglés lo que habíamos hecho mal y nos dejó seguir en medio de sonrisas y deseos de buen viaje. Ninguno de los dos dijo nada. Al rato, como si hubiera llegado a esa conclusión con esfuerzo, me dijo muy serio: “Los policías alemanes son todos graduados de Harvard”.

Ninguno de estos dos hombres se parecía a Benjamin Constant.

Lástima.

Al señor moritz schreber (Leipzig, 1808-1861) le deben los alemanes la idea de las minihuertas. Estas parcelas de tierra, más bien diminutas, no incluyen vivienda; solo, a veces, un pequeño galpón donde guardar herramientas o una parrilla portátil. Concebidas como pequeños reductos que pueden alquilarse de por vida y a los que la gente va los nes de semana para cultivar un jardín o plantar verduras, se han vuelto tan populares que es posible verlos, a la salida de las grandes ciudades, por todos lados. Estos jardines llevan el vistoso nombre de schrebergarten, en homenaje a quien los inventó, y, hasta donde puedo entender el concepto, se llevan bien con la conciencia

“bio”. Me atrevería a agregar que algo tienen, también, de antídoto contra la cultura del celular y el internet, y de retorno, un poco voluntarista, a los ilustres postulados de Rousseau.

Los vi el otro día, por primera vez en mi vida, cuando fui a visitar a I. La visita fue muy productiva, también por otros motivos: aproveché que mi an triona hablaba perfecto español para hacerle un montón de preguntas que tenía atragantadas.

I. fue muy paciente conmigo y, en general, rati có mis temores. Me dijo que el sur de Alemania es hiperconservador; que el Partido Verde fue lo mejor que produjo su generación y que los neonazis, unidos contra el “ agelo” de la inmigración, crecen como hongos en la ex-RDA.

Mañana me espera una excursión al museo de Mercedes-Benz y una visita a Baden-Baden. Esto ya está empezando a gustarme. Me parece estar escribiendo una Guía de lugares super uos, de esos que, si fueran libros, le harían decir a Borges que uno los olvida a medida que los lee.

Otro objeto para el gabinete de curiosidades: I. me mostró también jardines que venden “ ores frescas”. Pero lo raro no es eso. Lo raro es que no hay vendedores. Tampoco hay ores, a decir verdad, salvo en las plantas. En realidad, no hay nada excepto una especie de tamborcito de acero con una tijera o un cuchillo al lado para cortar la

or y una ranura donde el eventual comprador debe poner, a cambio de lo que se lleva, cincuenta centavos de euro.

A decir verdad, cuando supe que, en la Literaturhaus, me habían organizado una visita al museo Mercedes-Benz casi me muero. Me imaginé algo espantoso: un compilado de horripilancias envasadas en la pulcritud de las tecnologías de punta. Y, en realidad, eso habría encontrado si el museo se hubiera limitado a la tarea –que cumple– de glori car a la empresa y a su inquebrantable espíritu pionero, incluso hoy en día, con la fabricación de autos ecológicamente friendly. Por suerte, los que lo diseñaron tuvieron la inteli- gencia de hacer de él algo así como un catálogo de imágenes del siglo XX, entendido como Siglo del Movimiento. De hecho, cuando vi que la muestra empezaba con la famosa secuencia fotográ ca de los caballos de Muybridge, me calmé enseguida. (También pensé que mi sospecha había sido ingenua: la riqueza no suele ser tan torpe).

Era como estar ante una lista visual que, a grandes rasgos, recreaba el mundo como laboratorio inaudito. ¿A quién le importaban los autos, los colectivos, incluso las fotos de Fangio? Descendí por la rampa espiralada –como la del Museo Guggenheim de Nueva York– mirando fotos emblemáticas:

1830 Primer tren de pasajeros Liverpool-Mánchester.
1876 Bell inventa el teléfono.

1886 Daimler y Benz patentan el primer motor de combustión interna.

1889 Exposición Universal de París.

1890 La bicicleta, como la conocemos hoy.

1895 Los rayos X. 1900 Comienza el turismo en Niza.

1901 omas Mann publica Buddenbrooks.

1903 Primer Tour de Francia; primer vuelo motorizado de los hermanos Wright.

1905 Einstein y la teoría de la relatividad; las sufragistas inglesas.

1912 El Titanic. 1913 Grand Central Station en New York.

1914 Primera Guerra Mundial.

Y así, hasta llegar a hoy: desde las primeras emisiones de televisión hasta la caída de las Torres Gemelas, pasando por la clonación de Dolly, Gorbachov, el film E.T. y la creación del euro.

Nota al pie: como al pasar –en la cronología histórica– se admite que Mercedes-Benz apoyó desde un comienzo al Partido Nacionalsocialista. Se admite también que, comenzada la guerra, la empresa se recicló de buen grado, pasando a producir armamentos –lo cual explica, dicho sea de paso, por qué Stuttgart fue tan bombardeada. No solo eso. Su fuerza laboral llegó a estar íntegramente compuesta por mano de obra forzada, incluyendo

prisioneros de los campos de concentración.

También en Argentina el historial de la empresa es espeluznante. Se sabe que en la última dictadura militar –más precisamente entre abril de 1976 y agosto de 1977– fueron secuestrados y desaparecidos más de diez obreros que trabajaban en la planta de González Catán, provincia de Buenos Aires.

Las maravillas del capitalismo son inescrutables: des- de el “milagro alemán”, Mercedes-Benz no ha dejado de encabezar en Alemania (y en el mundo) la defensa de los derechos humanos.

Punta del este sin el mar (pero con termas). Un spa urbano y de lujo lleno de personas viejas que no se mueren nunca (como las ancianas pintarrajeadas de la Quinta Avenida en Manhattan). En sus épocas de esplendor, dicen que fue el resort preferido de la aristocracia europea, especialmente rusa. Algo así como un Lido alemán. En fin, la nada misma, donde el mayor acontecimiento fue el agua tibia de una canilla que me dieron a beber –por veinte centavos de euro– como “agua mineral”. Dicen que, habiendo perdido una fortuna en sus casinos, Dostoievski escribió aquí El jugador y que Tolstói ambientó en sus calles una escena de Ana Karénina. Quién sabe. El tedio es una enfermedad mortal y deja huellas. A veces deja también ciudades enteras abandonadas a su propio sueño. Me voy de Baden-Baden pensando en Alain

Resnais, que supo lmar como nadie el vacío as xiante de estos no-lugares en Hace un año en Marienbad. También me voy pensando en la rambla de Coney Island, otra réplica rusa del paraíso perdido, aunque esta última gana de lejos, con sus aires de tristeza ebria y su nostalgia un poco nauseabunda.

¿Ya dije que stuttgart es una ciudad de colinas y que todos los días bajo al centro por una de las mil escaleras que serpentean entre las casas? La que yo tomo –cada una tiene su nombre como si fuera una calle y, en cierto sentido, lo es– se llama Richard Wagner. En total, la caminata me lleva media hora y repetida (en subida) a la vuelta, representa un contundente ejercicio. Tal vez por eso no hay gimnasios aquí (no, al menos, tan a la vista y cada dos cuadras, como en Buenos Aires o en Nueva York). Tampoco hay tantas bicicletas como en otras ciudades del país.

Hoy visité los Archivos Marbach. Estos contienen la totalidad de los manuscritos, correspondencia y reliquias (sic) de los escritores alemanes desde el siglo XVIII hasta la actualidad. Ahí pude ver desde los rizos y calcetines de Friedrich Schiller, hasta las radiografias de tórax de Hermann Hesse, pasando por diversos juegos de ajedrez, dibujos, máscaras mortuorias y objetos personales del escritor que se me antojara.

El lugar, que más parece el interior de una

computadora iluminada por pequeños tubos de neón –algo así como la “máquina de realidades” del lm de Fassbinder Welt am Draht (World on a Wire, 1973)– funciona como un juego interactivo. Al entrar, el visitante recibe una netbook que le permite, al acercarse a cualquier vitrina –la que contiene, por ejemplo, la página inicial de El proceso de Kafka–, seleccionar la información que le interesa y dirigir su curiosidad a los enlaces correspondientes: manuscritos, cartas del autor, borradores, textos a nes, miscelánea, etc.

Los Archivos Marbach abarcan cuatro edi cios ubicados sobre una de las laderas de un viejo burgo medieval donde, a propósito, nació uno de los Dióscuros del cánon alemán: el ya mencionado Schiller (el otro, claro, es Goethe). En esos edi cios funcionan: la biblioteca, las viviendas para los investigadores, el Museo de la Literatura y los sótanos secretos donde, además de la correspondencia completa de los editores de Suhrkamp Insel, caminé entre los anaqueles de la biblioteca privada de Paul Celan.

Ian Bürger, que está a cargo de estos tesoros escondidos, me mostró también los documentos que registran, desde los años sesenta, el interés alemán en la literatura latinoameri- cana. Le debemos, parece, a Hans Magnus Enzensberger el lanzamiento de una primera serie latinoamericana que empezó impecablemente con Los

heraldos negros de César Vallejo e incluyó después, con igual ojo certero, a Onetti, Cortázar, Rulfo, Bioy Casares y Octavio Paz. A Borges se lo llevó la editorial Hanser.

Cuando regreso en el tren pienso que todos estos archivos, colecciones de reliquias, museos-mausoleos –que son la versión póstuma de las actuales residencias de escritores, becas y premios literarios– no desmienten que la escritura sea la intemperie; por el contrario, lo con rman, perversa y pulidamente.

Es curioso cómo una ciudad se nos va metiendo adentro: cómo cambiamos de opinión con el número de veces que nos preparamos el desayuno, las esquinas que reconocemos, la presencia del sol. Un diario de viaje, por eso, nunca es el registro de un lugar sino, más bien, el registro de un viajero, incluyendo su abanico emocional, su gama de percepciones, su flexibilidad o su intolerancia ante lo extraño. Siempre pensé que la felicidad (o lo que llamamos la felicidad), contrariamente a lo que pregonan las agencias de viajes, fecunda en lo familiar. Eso explica, tal vez, por qué el destierro, empezando por el de Lucifer y el de Adán y Eva, y siguiendo con todos los exilios, políticos o no, han sido siempre una pesadilla.

Hablando de cambio de percepciones, ¿se acuerdan del señor Schreber?, ¿el que inventó las minihuertas? Bueno, parece que, además de ser el héroe de los cuatro millones de alemanes que, gracias a él, disfrutan de la Felicidad

Verde, y de ser, hasta hoy, el modelo de todos los promotores de la jardinería mancomunada, los sembradíos urbanos, los pequeños jardines obreros, las huertas “interculturales” y hasta de la “horticultura subversiva” (www.guerillagardening.org), fue también un pedagogo de gran predicamento. Sus teorías, muy seguidas en su tiempo, pregonaban el uso de métodos autoritarios hogareños (incluyendo la violencia fisica) para domesticar a los niños y exterminar en ellos las “malas hierbas”. También inventó un aparato –una suerte de coraza atada con correas– que se les colocaba a los chicos para evitar las “poluciones” nocturnas. Tuvo dos hijos psicóticos, uno de los cuales se suicidó.

Momentos recordables del día de hoy: la chica tomando cerveza en la vereda de un bar mientras su perrito la espera sentado en una alfombra rosa; la cena posterior a la presentación que hicimos con Ulf en la Literaturhaus, donde éramos siete hombres y dos mujeres (en todas partes se cuecen habas).

Dos sueños en stuttgart. El primero es muy simple y, a medida que avanza, un poco aterrador. Un árbol crece, indetenible, en ambas direcciones a la vez. Hacia arriba, anuda las ramas. Hacia abajo, las raíces. El sueño no es más que esto. Ninguna trama. Apenas la actividad del árbol que no cesa, que echa hojas, que se sigue anudando,

sin n, hacia arriba y hacia abajo.

En el otro, estoy –como en el cuento de Kafka– parada ante una puerta. El guardián me dice que solo accederé al otro lado si mi consentimiento es total (no aclara consentimiento a qué). Ninguna negativa se tolerará. Cero desacato. Intento dos veces y fallo: me empujan hacia atrás, al punto de partida, como en el juego de la oca. A la tercera, renuncio a toda resistencia y logro pasar. El resultado es que un agua potente me penetra por la vagina. Algo así como un géiser, circular e infinito, girando adentro mío con sus líquidos tentáculos, llegando a todos los puntos de mi ser. Me despierto mareada. Como si fuera un derviche inexperto y tres veces sabio.

La divinidad –dijo Pascal y, antes que él, Hermes Trismegisto– es una esfera cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna. A lo mejor, la circunferencia es su propio centro y en ella guran mis sueños como guran los Cuentos para la Infancia y el Hogar de los hermanos Jacob y Wilhelm Grimm.

Hace unos días pasé una tarde entera con Ulf. Me mostró la casa de su infancia y después me invitó a comer a un bodegón bávaro, donde probé un plato inverosímil (lentejas mezcladas con salchicha, deos y panceta cruda) mientras la dueña de la fonda y su familia jugaban a las cartas en la mesa de al lado. Con Ulf hablamos de poesía, de Bahía Blanca, de Stuttgart y de Berlín, y después –no sé

cómo llegamos ahí– de la guerrilla alemana de los años setenta. Para mi sorpresa, Ulf tenía mucha información. Me dijo que Ulrike Meinhof, la “comandante” que fumaba en pipa, había nacido en Stuttgart; que, además de ser parte del Rote Armee Fraktion (raf), era una escritora famosa; que estaba casada con el editor Klaus Röhl (el director de la revista Konkret) y que él recordaba muy bien su “suicidio”, que coincidió con el “suicidio” de otros cuatro prisioneros políticos en la cárcel de alta seguridad de Stammheim. De hecho, me dijo, Jean-Paul Sartre había visitado la cárcel poco antes y denunciado las condiciones infrahumanas en que se mantenía a los presos.

Al parecer, muchos de los integrantes de la primera gene- ración de la raf –apenas treinta miembros– provenían de familias pietistas de la clase alta, con padres luteranos que, interesados al comienzo en impulsar una praxis religiosa heterodoxa, habían desembocado en posturas moralistas y conservadoras. No me costó entender, por eso, que Ulf hablara de una rebelión compleja, sugiriendo que, en la oposición a los padres, los hijos habían encontrado, también ellos, una forma de la obediencia. Por mi parte, le hablé a Ulf de Trelew, que nadie le mencionó cuando estuvo en Bahía Blanca. También en Argentina, curiosamente, fue una masacre de presos políticos la que disparó el crecimiento exponencial de las organizaciones armadas más o menos por la misma época.

El resto, después de eso, careció de importancia. Baste decir que terminé el día en la así llamada Fiesta de la Cerve- za –una especie de anksgiving del sur alemán– que dura dos semanas, de días completos. A las once de la mañana se abren, con un sermón religioso, las puertas de unos in- mensos galpones, surcados por largas mesas de madera, y se empieza a beber. La esta empieza cuando usted llega y, luego de ingerir dos porrones de cerveza extra extra large, es posible que le den ganas de subirse a las mesas y cantar, mientras se balancea de un lado al otro como un oso. Lo más parecido a esto que vi en mi vida fue un lugar en Texas, llamado Cowboys Red River, solo que los tejanos bailaban en una pista elíptica y tenían cierta gracia.

En este caso, los cuatro galpones gigantes están ro- deados por un enorme parque de diversiones. La Alemania Profunda, como se ve, tiene varios rostros, todos igualmente escalofriantes. No necesito aclarar que cada país tiene su profundidad y que no se me ocurre qué hacer con este dato.

Perdí el hilo: me fui a venecia y la vi inundada, estuve en Bayreuth (ah, esa cajita musical de la vieja ópera –no la de Wagner, la vieja– me voló la cabeza), pasé días en la Selva Negra. No sé cuándo ni cómo hice todo eso. No importa. El juego rayuela, en alemán, se llama himmel und hölle (heaven and hell/el cielo y el in erno) y tiene

muchos cuadraditos para saltar. ¿Por qué no saltarlos todos? Italia, por lo demás, ha sido siempre parte del sueño alemán, y yo quería asistir al estreno de En la medida de las cosas, una ópera pocket de César Camarero para soprano, cuatro instrumentos y cine sobre dos poemas de Arte y fuga.

Lo que sigue es Berlín. El deslumbramiento un poco triste de Berlín. Su extensión melancólica, su corazón partido, de un lado y otro, por una divisoria todavía palpable, aunque invisible. No pude escribir sobre Berlín. No supe sino dejarme llevar por mis pasos de ciega, mis maneras torpes, sin duda, de nombrar ese espacio de maravillas, ese tablero de belleza insomne y voraz.

CATORCE POEMAS COMO PEQUEÑOS MUROS DERRUIDOS

II

“Pobre pero sexy” se aplicaría a esta ciudad si no estuviera aquí, como una reina, la tristeza entrando a los museos con apenas sol y un frío abrasador. Pero los relojes del mundo no son urbanos y nadie escapa a las prosodias de lo que no tiene. Aquí, al este y al oeste y la zona oscura, es mucho lo que está por venir todavía. Excrementos y salpicaduras de oro. Esa música ciega, donde las cosas se pierden en las cosas para que nadie tenga casa, ni siquiera en la casa del idioma.

En Berlín, entré por segunda vez como si yo misma fuera el muro que ha dejado de existir. Grafiiti en las costras del cuerpo. Confusiones de muchacha del tercer mundo que perdió la fe en las revoluciones, talmente lista a sepultar al amor cuando locura ya no hubo que la ayudara a perderse. Tuve que insinuarme en estrechuras, ser otra respecto de nadie, renglón sensible, con una voz

de aire delgado. Pasó una nena en bicicleta. Enseñame, le dije, cómo escribir lo que me extraña. Se alejó sin darse vuelta, liturgia erguida en mi estrella nómade.

Pensé un teXto que dijera algo así: “Busqué un teléfono, un cine, una clase de yoga y nada”, pero enseguida lo descarté. Al corazón lo había dejado suelto en el estante de las obsesiones, entre el afán de volver y la moral de partir. ¿Con qué cara iba a enfrentar los desafíos, incluso los que me aburren intensamente? Me puse a contar los hechos y los hechos y me quedé a merced de un viento protestante. Alguna vez fui feliz de estar viajando.

En la boca del subte, vi a los pájaros del día borrarse de un cielo que a nadie re ejaba. Podría haber sido otra ciudad –otra ficción nocturna– y nada habría cambiado. Fatalmente indiscretos, como todo huérfano, los pájaros trazaban frases ponzoñosas y de ese modo ejercían ninguna seducción y se volvían puro sobresalto, lúcida piedra.

Habrase visto la cara de chico-abandonado-en- el-parque que me puso esta mañana el desánimo. Dijo: arte-por-viaje-menos-amor-igual-a-transacción- oscura-con-la-muerte. Al menos, dijo, en la teoría del secreto que hace ideas cada vez que lo pienso. No supe abrazarlo. No supe besar su boca de lobo. No pude encontrar la estructura para frenarle la pena. Ese reguero de sangre, donde se desnuda la ausencia, discursiva o no.

¿En cuál ópera prima me rodeé para siempre de signos de pregunta y no me contesté, y nunca llegó a mí la vida peligrosa, esa ausencia alucinante?

Días en que me encierro con todo lo necesario adentro y ningún cielo afuera. Nada como la sen- sualidad de la nada. Por la calle, pueden pasar todas las alemanas del mundo hacia el contorno de alguna realidad tan irreal como la mía. ¿Qué podría importarme? He aquí mi pedacito de in erno, mi derrota dulcísima: sentarme bajo el sol negro de mi propio cuerpo cuando las plazas duermen y es la hora del siglo XIX. Mañana te cuento cómo me fue.

La adivina no habló de ternura. Tampoco dijo cómo no vivir. Tendrás que ser paciente, dijo, sobre todo a las diez de la noche, cuando alguien puede llegar y hacer un censo de tu casa quieta, incluyendo tu habitación de escribir, tan brutalmente exigua de estudios corporales, tan sin pena ni diestra, mientras se pierden uno a uno tus rostros y vos te quedás famosa, pero down, muy down.

¿Qué hacer cuando todo promueve la felicidad verde? Los miedos llegan a grandes bocanadas. Lo que es peor, se suben a la cama, con su voz de má- quina soltera, su lección de tinieblas, como hilando motivos de un viaje sin motivos. Y después niegan lo que fui, mis sueños más feroces, su acústica ciega en mi hora de artista. Cascabel, cascabel. Se oye una música fósil. Me falta algo y no sé qué es.

Zoologischen garten: pequeño laberinto armónico bajo una luz de infancia. Nadie piensa allí. O el pensamiento se piensa solo, secreto y alto como una Reina Ausente. De vez en cuando, un leopardo viaja a su transparencia, sin

voluntad, sin escenas de invierno, sin conciencia de la primera persona del singular. Va y viene por su recinto, hecho caligrafia, entre dos orillas inexistentes. De arriba abajo, de adelante a atrás. Esta es mi alma, dice. Cómela y bébela.

Tren atravesando un campo de cuadraditos verdes, entre luces que intercambiaban todo, menos la verdad. Era un tren agresivo, de alta velocidad, que se metía en túneles, en ciertos episodios de la historia humana, delatando el odio, los pensamientos demasiado truncos, ese locus horrendus que existe adentro. Por un momento, pensé en abandonar todo. Lo pensé con rabia. Con viboritas subiendo por las ramas de mis propias ores del mal. Nadie se dio cuenta de mis imposturas, de todo lo que había en mis sutiles prepotencias de lenguaje.

¡Qué mañana esta tristeza! ¡Qué cataclismo insonoro esta ambición de haber alma! ¿Dónde estarán los vivos? Sin duda y sin pena, no estaban en la sombra que hacían el distinguido polvo y el viaje con todo a cuestas. Me jé bien y no estaban. Ni siquiera tal cual no son, racimos super uos en las ramas del tiempo o nidos demasiado

escuetos para notarse en la habitación del mundo. Soy yo, pensé, el único objeto intelectual que queda. Nada más pasó, salvo un leve quejido que sopló y veía.

Nerviosa porque quiero pero no quiero, y además el corazón cansado. Tomar tres aspirinas no resuelve nada, no ayuda a simplemente ser. Hace tiempo que cruzo un labio invisible, entre aquí y ningún mundo. Como caricia que habrá llegado tarde, escribir es muy largo y obsoleto: una correspondencia para jar un lugar que alguna vez, tal vez, tendrá mi nombre. Fíjense en mis manos vacías. Mañana empezará todo de nuevo, el desorden del alma, el escándalo del cuerpo cosido a sílabas profanas, a pasiones lunáticas.

Hace muchos días, veinte años, que viajo en direc- ción al norte y ahora tengo insomnio entre el día de partir y la noche de partir. ¿Qué avión podría llevarme a la conciencia? ¿A esa era de otro lado, encerrada a cuatro patas, entre instituciones que cansan y el corazón nacional? Agujas en el viento. Poética partida por el miedo. Abstracta luna que pide más y más y más.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco aquí a quienes, con su hospitalidad generosa y su apoyo práctico, hicieron posible y placentera mi estadía alemana: Florian Höllerer, Verena Krieg, Joachim Kalka, Dieter Fuchs, Irmgard Kramer, mis compañeras de la Kunststiftung Baden-Württemberg, Gabriela Massuh, Carla Imbrogno, Sabine Büdel, las traductoras Elizabeth Müller y Christin Kleinhenz y, por fin, mi amigo entrañable de Stuttgart y Bahía Blanca, el poeta Ulf Stolterfoht.

-->

tabla de contenidos

Cuaderno alemán

A modo de prólogo

Entre Madame de Staël y Dora la Exploradora

Catorce poemas como pequeños muros derruidos

Agradecimientos